

⊗⊗⊗⊗⊗⊗⊗⊗⊗**EL MAL DE**  
**ALTURA**⊗⊗⊗⊗⊗⊗*BERNARDO*  
*DÍAZ NOSTY*⊗⊗⊗⊗⊗⊗⊗⊗⊗



⊗⊗⊗MÁLAGA⊗2001⊗⊗⊗

# EL MAL DE ALTURA

**BERNARDO DÍAZ NOSTY**

# **EL MAL DE ALTURA**

**MÁLAGA, 2001**

**H**abía estado unos días en el lago Titicaca y parecía bien instruido sobre cómo defenderse del temido soroche. «Mucho mate de coca, comer poquito, andar despacito y dormir solito...». Incluso el Papa, al que, por prudencia, sólo le habían aconsejado dos de los tres diminutivos cuando visitó Bolivia, bebió el jugo de la coca como preventivo, a pesar de que algunos sabios vaticanos sostuviesen, todo para que el Pontífice no bebiese la infusión, la peregrina idea de que éste, por su frecuente trato con el Altísimo, era inmune al mal de altura.

Aquella experiencia de Gancedo y otras menos encumbradas le habían conferido a éste una especie de soberanía sobre las elevaciones del Planeta, algo que asociaba a su privilegiada naturaleza, siempre resistente al paso frecuente de mujeres por su vida. Los 3.800 metros sobre el nivel del mar que

daban suelo a Cuzco aparecían como una prueba rutinaria para su jubilosa madurez.

Y así, con esa confianza, fue como dio sus primeros pasos por la ciudad de piedra. Camino de la Plaza de Armas, le asaltó la zozobra, la turbación de la fatiga, el bombeo rápido del corazón, el atenzamiento de las piernas y una mirada perdida que buscaba un refugio para el descanso. Se dejó llevar, con la torpeza del desgobierno del cuerpo, hasta la terraza de un bar que se escondía bajo los soportales de la plaza. Tenía tan pálido el rostro que el camarero acudió en su socorro con la tetera de mate, que le sirvió sin hacer preguntas.

- ¡Gracias, gracias! -asintió Gancedo.

Cuando se reponía de la nube que, por momentos, cegaba sus ojos, una voz melosa, tan femenina como argentina, le devolvió a la confusión.

- Vaya, parece que se nos malogró el gallego... -dijo la mujer, desde una mesa contigua, sin mirar al hombre ya menos pálido.

Mauritana había roto con los restos de su matrimonio semanas atrás y estaba decidida a olvidar, como evidenciaba su atrevimiento con un Gancedo más recuperado por las expectativas que abría el inesperado encuentro que por la segunda taza con hojas de coca. Tan sorprendente fue la mejoría que, pocas horas después, la mujer no dudaría en premiar el orgullo del español, tocado de altura, con un “¡galleguito responde!”, mientras paseaba su cuerpo por la habitación del hotel.

- Y esto no es todo... -abusó Gancedo- He visto un restaurante en la plaza con un aspecto excelente. Cenamos, dormimos y, de buena mañana, nos vamos con la fresca a Machu Picchu.

- ¡Ay, Gancedo, tú eres mi hombre...! -jaleó Mauritana.

En la balconada del asador que daba a la Plaza de Armas, con la imagen espléndida de los edificios coloniales, Gancedo sacrificó un Cuy de Guinea con papas asadas, regado con un capricho chauvinista de la mu-

jer, que ofendió las cepas de la rioja española, ya invocadas por su sobrevenido amante, con cualquier cosa de Argentina.

El despertar de Gancedo fue el final del suplicio de una noche toledana, y no porque Mauritana hubiese exprimido todas las provisiones del 'gallego', sino porque el conejillo de indias había correteado por su estómago con la algarabía de una pesadilla interminable.

Dos mates de coca y al helicóptero, camino de la montaña sagrada de los incas. Enfundado en un anorak, Gancedo parecía haber perdido el dominio de sí mismo y quedar reducido a posesión de la argentina, que lo estrujaba contra sí con preocupantes riesgos para el futuro del desvalido. El camino hacia Machu Picchu fue una extensión real de las alucinaciones de Gancedo. Montañas y llanuras, primero. Valles escarpados, después. Desfiladeros, ríos de plata, jungla...

- Es muy guapo todo esto visto desde el autogiro... -dijo un Gancedo titubeante, que se cubría del fuerte ruido del motor con unos cascos, y que, al parecer, fue mal entendido por la mujer.

- Gracias, mi galleguito, pero vos también debiste ser muy lindo...

Mauritana mimaba al español con excesos que no se justificaban en las veinte horas de amistad.

El helicóptero aterrizó en una pequeña explanada, en el fondo de un valle profundo, no lejos de Aguascalientes, el poblado más cercano a Machu Picchu. Gancedo iba dando verdaderos tumbos por la vía de ferrocarril que empleaban los turistas para ir al pueblo. Aún deberían tomar un pequeño autobús y subir a la montaña. Mauritana observaba el desprendimiento de vida que empalidecía el rostro de su hombre. «Se me marchita la flor», decía para sus adentros, a la vez que buscaba una fuente milagrosa de mate. Pronto encontró una caseta de madera. Estaba a un lado de la vía férrea, que poco a poco



se iba abriendo paso, a modo de extraña avenida central, entre tenderetes de suvenires, puestos con telas de alpaca y vicuña, y baritos de golosinas y bocadillos.

- Con lo machote que fuiste en la cama, vos superarás esto ya mismo... -animó la argentina.

- La naturaleza es fuerte, pero no estúpida... -remontó Gancedo, para quien el mate de coca alcanzaba la inequívoca bendición de la mano de santo-. Comer poquito, dormir solito...

- ¿Ya te arrepentiste...?

- No es eso, Mauritana. Aunque no me negarás que al nivel del mar todas estas desgracias no hubiesen ocurrido...

Volvieron al camino de hierro, en dirección a los autobuses, y Gancedo se vino abajo a los tres pasos de traviesa. “Comer poquito, dormir solito”, repetía como una letanía cuaresmal.

- Chica, me dio el sorochón. ¡Para un poco..., anda! -y otra vez perdió el color y la mirada y los ojos bizqueaban por momentos.

Veinte metros más allá, sobre la vía, en un breve promontorio, se divisaba el rótulo del “Centro de Salud Machupicchu”, pegado a un cartel de “Inca Kola”, que bien parecía la patrocinadora del sanatorio o el remedio sanador de todos los males.

- Vamos allá, Samaritana -aún bromeó Gancedo, dando una palmadita leve en las nalgas de la argentina.

- ¡Qué grande sos, gallego!

Una placa que parecía de mediados del siglo XX, desconchada y repintada, pero que apenas tenía seis años, celebraba la existencia de la caseta sanitaria, mérito de la legión de benefactores referidos en la inscripción: «Inauguración e implementación del puesto de salud Machupicchu.- Siendo: Pdte. de la República: Ing. Alberto Fujimori Fijimori. Ministro de Salud: Dr. Eduardo Yong Motta. Pdte. Región Inka: Ing. Carlos Valencia Miranda. Dir. Región Salud Inka: Dr. Carlos Gonzales Campana. Dir. U.T.E.S. N° 1 Cusco: Dr. Humberto Alvizuri Z.- Machupicchu, noviembre de 1995».

La sala de espera tenía unos doce metros cuadrados y en dos de sus lados se acostaban unas bancas de madera sin barniz, repletas de pacientes indígenas, en su mayoría mujeres y niños muy despiertos que no aparentaban graves padecimientos. La entrada de Gancedo, apoyado en el brazo de Mauritana, despertó la curiosidad de todos, que al unísono, como cuando llega el patrón a la hacienda, saludaron con un «¡Buenos días, señor!», tan educado como considerado hacia la dama argentina. En una de las paredes, un cartel mostraba la imagen de una pareja feliz con una niña sonriente delante del médico, y una leyenda gratificante para los pequeños alfabetizados: «Tus papitos te quieren, por eso te traen aquí».

- Dormir solito, Mauritana... -susurraba Gancedo, perdido en un abatimiento que, sin embargo, no podía con su más profundo sentido del humor.

- Ya dormirás solito esta noche.

- Tampoco dije eso, mujer -replicó Gancedo, con una cautela providencialista que le llevaba a confiar en los milagros de la medicina rural peruana.

Tras unos cristales pintados en blanco se dibujó la silueta del médico, que abrió la puerta de muelles del consultorio y recorrió la sala de espera con la mirada. Sin dudarle un instante, se dirigió al español y la argentina y les invitó a pasar.

- Ellos estaban antes que nosotros -aclaró Gancedo, señalando con los brazos abiertos al conjunto de los pacientes.

- Ellos esperan, señor. Pasen, pasen...

El consultorio, 'implementado' en 1995, estaba presidido por una imagen de Juan Pablo con una niña indígena y se componía de una mesa con tres sillas, una camilla para exploraciones y un armario vitrina metálico, cuyo interior ocultaban unos visillos ondulados de color blanco.

- ¿De turismo en Perú...? -sondeó el médico.

- Así es, doctor -explicó Gancedo.

- ¿Españoles...?
- Yo soy español y ella...
- Argentina, yo soy argentina -aclaró Mauritana-, amiga de Dieguito...
- ¿Maradona? -curioseó el peruano.
- No, Gancedo... El enfermito...
- ¡Ah! -se encogió de hombros el médico y miró de arriba abajo al paciente hasta hacer un gesto de seguridad que parecía un diagnóstico-. Bueno, bueno, la amiga va a tener que esperar fuera.

Mauritana abandonó el cuarto, mientras el doctor le indicaba a Gancedo que pasara a la camilla.

- Voy a checarlo... Desnúdese, por favor, de cintura hacia abajo.

- ¿Cómo...? -mostró su asombro el paciente.

- Es la vaina, ¿no?

- Sí, sí, esto es la vaina... Creo que me ha pegado fuerte el soroche...

- Ande, ande, desnúdese de una vez. Se pasó con la pibita..., ¿eh ?

- ¡No es eso! Estoy mareado..., me flaquean

las fuerzas...

- La vaina es muy delicada, amigo... ¡Ven-  
ga, vamos a verla!

- Pero, si sólo es...

- Desnúdese, hombre... ¿Es que nunca se  
agarró nada?

Gancedo negaba. Cuando ya se había des-  
abrochado el cinturón de los pantalones y  
parecía conducido inexorablemente al des-  
nudo que le proponía el obstinado galeno,  
tomó la prenda por la cintura y se la subió  
hasta descubrir los tobillos por debajo de  
las perneras.

- Recéteme unas pastillas, algo para el ma-  
reo, para el mal de altura... -Gancedo re-  
trocedió y se inclinó con un gesto de súp-  
lica.

- Entonces, ¿no es la vaina?

- ¡No señor! -explotó el paciente.

- Bueno, bueno, le daré coramina... Pero,  
¿sólo es eso...?

- Eso es eso...

El médico expresaba su contrariedad con le-  
ves movimientos de cabeza, al tiempo que ex-

tendía una receta con los ojos muy abiertos, que asomaba repetidas veces por encima de la montura de sus gafas, con la esperanza de que le confesaran toda la verdad. Gancedo, deseoso de salir del cuarto, se echó la mano a la cartera.

- No me debe nada, señor. En la farmacia Huanaca, unos metros vía arriba, le dan el remedio. Una pastillita cada ocho horas...

El médico acompañó al resentido hasta la sala de espera. Mauritana, al verle salir, se pegó a su hombre.

- No es nada... -aclaró un Gancedo ufano.

- El mal de altura es pasajero y aquí se topan con él muchos turistas... Yo mismo, después de unos días en Lima, agarro el matecito por si acaso...

Cuando ya salían al exterior, el médico llamó la atención de Gancedo.

- La vaina, ¿bien? ¿Seguro...?

- ¡Dale con la vaina...! ¡De puta madre, hombre! -exclamó con sordina.

- ¡Gallego! -reprimió Mauritana.

No se sabe qué pudo entender el médico,

pero su respuesta no se hizo esperar.

- Pues eso, ¡saludos a la Madre Patria de mi parte...! -se despidió con la mano y volvió hacia la entrada del consultorio.





Estampas americanas. Núm. 4.